

# IGLESIA y FAMILIA

nº 19 • Año 2010 • febrero



Ofrecemos en este número de IGLESIA Y FAMILIA el **cuadernillo nº 3** del plan pastoral **Vive la familia, con Cristo es posible**, de la Archidiócesis de Madrid.

## TRABAJO Y FAMILIA: *el problema pendiente*



**La familia, imagen de Dios**

**3**

Vive la familia. Con Cristo es posible | Pontificio Instituto Juan Pablo II





## Índice

Introducción .....	3
Tema 7	
Trabajar para vivir, no vivir para trabajar .....	4
Tema 8	
El tiempo y el servicio .....	11
Tema 9	
Un solo corazón y una sola alma .....	17

Trabajo y familia son las realidades más necesarias y básicas para el hombre. Por el afecto que da y recibe en la familia vive y se sostiene en el amor; por el trabajo se mantiene y cubre sus necesidades.

El futuro de la humanidad pasa por la familia, nos repetía Juan Pablo II. En ella nacen los valores que iluminan las realidades humanas fundamentales. La cultura de la familia y de la vida es infinitamente hermosa para descubrirla, basta con aproximarse a la fuente del manantial. El III Sínodo diocesano nos invita a repensar la familia y el trabajo en el contexto de la evangelización.

La fe nos proporciona, en armonía con la razón, un modo de juzgar la realidad de las cosas en su bondad y en su conveniencia. Qué es la persona, la familia y por extensión todo lo demás: el trabajo, la sociedad, la política, la economía.

El trabajo que el hombre necesita para dar respuesta a sus necesidades familiares es una fuente fundamental de realización de la persona y en su defecto de frustración. Contribuye a realizar la vocación humana de servicio a la sociedad; prolonga la actividad creadora de Dios; participa en la tarea de la Redención.

La vida se vuelve dramática cuando el hombre pierde el bien de la familia o el trabajo desaparece. No se puede pensar que ambas realidades sean opuestas entre sí por proceder de exigencias que parecen contrarias. Entre familia y trabajo se establece una relación necesaria de complementariedad. Hay un nexo entre la familia, el trabajo y el propio destino personal, que hay que descubrir y vivir.

La tarea del hombre, dotado de libertad, consiste en conjugar tres elementos, de los cuales el más significativo y decisivo es el amor, siendo los otros dos el trabajo y la cultura, absolutamente necesarios para su realización, al servicio del don de sí.

Para poder iluminar esta dimensión nos interesa el por qué y el para qué del trabajo, cómo estamos llamados a realizarlo, para que dé respuesta a las expectativas del corazón humano; y finalmente cómo lograr la unidad de vida en la acción humana, la madurez lograda, que supere la fragmentación actual, causa de tantos desequilibrios en la vida personal, familiar y social.

***¡Con Cristo es posible!***

SIGLAS UTILIZADAS:

**CiV:** Caritas in veritate

**CDSI:** Compendio Doctrina Social de la Iglesia

**GeS:** Gaudium et spes (Concilio Vaticano II)

**PP:** Populorum progressio

**RH:** Redemptor hominis

**SS:** Spe salvi

## Tema 7

## Trabajar para vivir, no vivir para trabajar

*"Y los bendijo Dios con estas palabras: 'Sed fecundos y multiplicaos, y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves del cielo y en todo animal que reptas sobre la tierra'" (Gn 1, 28)*

El trabajo es un tema nuclear del pensamiento cristiano, porque afecta profundamente al sentido de la vida. En la casa y en el trabajo se encuentra la huella escondida de los senderos de Dios en la historia.

Nuestra mirada se vuelve sobre el hombre real, concreto e histórico, en momentos en los que su propia identidad se ha vuelto confusa. La civilización científico-técnica actual ha dado una importancia capital al trabajo humano, pero lo ha subordinado a la economía del mercado. Todo se mide en términos de producto interior bruto, riqueza acumulada, cuenta de resultados. Nos interesa el hombre, que queda tantas veces en un segundo puesto. Hablamos de recursos humanos como un elemento más que alimenta los procesos productivos. Vivimos así sumergidos en la civilización no del hombre sino del trabajo. Más exactamente del trabajo como producto y del consumo como bienestar. Todo parece quedar reducido a un mundo de productores y de consumidores, según que lo veamos desde la vertiente laboral o desde la familiar.

Y es aquí donde nacen nuestros problemas, porque ya no es el hombre el que domina las circunstancias, sino el mercado el que impone las condiciones. La sociedad del bienestar hace todo lo demás, para que nuestros mecanismos reflejos nos lleven en el sentido de la corriente. Tener más, mejor y más barato es la filosofía predominante. Producimos para consumir, y consumimos tanto, que se cae en la paradoja de un mundo dividido entre los que no pueden comer y los que comen demasiado, entre los que tienen todo el bienestar del mundo y los que no saben donde caerse muertos. Quedan en pie las grandes preguntas, ¿qué es el ser humano, la persona, su dignidad, cuál es el sentido de la vida? ¿Trabajamos para vivir o vivimos para trabajar?

El hombre es el camino de la Iglesia; Ella es signo y salvaguarda del carácter trascendente de la persona humana y hace de la familia humana su propia misión. La imagen del "hombre nuevo" no es una quimera o un sueño. A la luz del Verbo encarnado se nos muestra una forma de vida que es capaz de transformar la realidad y de generar un tejido familiar, laboral, social, que sea expresión de lo humano. La familia cristiana está llamada a ser fermento en la masa y a testimoniar con su vida familiar y su trabajo que otro mundo mejor es posible. La Iglesia no tiene un modelo de sociedad, pero sí que llama al hombre a una perfección y por ello lo abre al desarrollo verdaderamente humano y a su salvación.

## Fijádonos bien

En los últimos cincuenta años se ha vivido en España desde el desarrollismo de los años sesenta un creciente bienestar económico y social, calificado en términos sociológicos como el Estado de Bienestar. El progreso ha significado un avance espectacular en las ciencias humanas y técnicas, en la investigación social, en los descubrimientos de la ciencia y sus múltiples aplicaciones tecnológicas, en una medida jamás conocida hasta el presente. Las comunicaciones, las conquistas de la medicina, la urbanización creciente, la transformación de los sistemas productivos. Este progreso ha acumulado riquezas, posibilidades, poder económico y cambios profundos y acelerados, en el modo de pensar, de trabajar y de vivir. Transformaciones psicológicas, morales, religiosas.

El secularismo que ha crecido alarmantemente en los años sesenta, impulsado por la revolución sexual y el bienestar, ha contribuido a la primacía de los valores materiales y a una exaltación hedonista y materialista en los hábitos corrientes de vida, con el consiguiente debilitamiento de la religiosidad popular y de la identidad cristiana.

En pocas palabras, el progreso tal como lo hemos entendido, ha sido ambivalente, con ventajas e inconvenientes, entre ellos una sociedad más violentamente individualista, consumista hasta la saciedad, hedonista. Al Estado de bienestar ha sucedido posteriormente un estado de malestar personal que nos lleva a preguntarnos, más en lo propio que en lo estructural, qué consecuencias tiene para la persona y la familia, para el trabajo y la sociedad. La crisis de valores es el nuevo cáncer social.

Por si fuera poco en los momentos actuales la crisis económica, con el desmoronamiento del Estado del Bienestar, sacude los cimientos de la sociedad global y genera precariedad, desempleo, hambre, inseguridad y nos plantea nuevos retos.

Si contemplamos este vasto campo de la acción humana y del vivir en el terreno de las realidades personales, la vida familiar y el trabajo se han hecho en parte antagónicas; ambas desde el punto de vista subjetivo se han debilitado éticamente, ante la primacía de lo material y esta dimensión las enfrenta. La vida parece comenzar cuando finalizamos el trabajo, y la convivencia familiar está bajo mínimos, carcomida por un individualismo autosuficiente que vive penosamente las obligaciones familiares. Queda menos familia, muchos matrimonios renuncian a la paternidad y a educar a los pocos hijos que nacen en este invierno demográfico. Y la fidelidad al amor humano está a la deriva, tal como nos lo describe la *Caritas in veritate*.

Semejante crisis es de naturaleza ética y hay que volver a dar una dimensión humana a la economía, al trabajo, al descanso, y a nuestra forma de entender el por qué y el para qué de lo que hacemos y deseamos.

No es ocioso preguntarnos ante este estado de cosas si trabajamos para vivir o vivimos para trabajar. Lo que llamamos progreso, no siempre es desarrollo de la sociedad y de la persona. Nadie pretende regresar a tiempos que no volverán, pero la crisis actual ha puesto en evidencia que algo o mucho debe cambiar en la sociedad y en los comportamientos y actitudes personales ante valores esenciales, para configurar una sociedad más humana.

- En el ambiente en que te desenvuelves, ¿qué piensas que prevalece, el trabajo para el hombre o el hombre para el trabajo? ¿Puedes poner ejemplos?
- ¿Crees que existe en muchos casos ese antagonismo entre familia y trabajo? Describe algunas de sus manifestaciones.
- Se ha afirmado en el texto anterior que existe una crisis de valores. ¿Cuáles son a tu parecer los valores en alza y los que se encuentran a la baja?



## Escuchamos la Palabra de Dios

“Tomó, pues, Yahvé Dios al hombre y lo dejó en el jardín de Edén, para que lo labrase y cuidase.” (Gn 2, 15)

En cualquier caso hay que buscar lo que Dios quiere. Trabajo y vida se acompañan, Dios se reconoce en el hombre, hecho a su imagen y se complace en su trabajo. La Palabra que recibimos es una Buena noticia, es el Evangelio de la vida y del trabajo.

El temor de Dios, como don del Espíritu Santo que obra en nosotros, nos devuelve a la realidad de las cosas iluminada por la fe, ya sea en el ámbito familiar, en el trabajo cotidiano, en el descanso.

Hay una verdad y belleza original, Dios ama al hombre, y le regala una tierra para labrarla y cuidarla. El trabajo engrandece al hombre y cumple el deseo manifiesto de Dios.

*“Nadie puede servir a dos señores; porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al Dinero”. (Mt 6, 24)*

Hay una tentación en el propio trabajo, en este clima de secularización. Cristo la desvela en dos momentos sucesivos de su enseñanza, recogidos en el evangelio de San Mateo. El primero cuando alude a que nadie puede servir a dos señores, a Dios y al dinero. El bienestar material crea esa avidez por el dinero, que nos hace matarnos e idolatrar el trabajo, como medio para vivir más y mejor y en consecuencia supeditar el bien familiar a una supuesta calidad de vida. La idolatría se sitúa en el punto de sustituir a Dios por el dinero. Dios nos libera de esa esclavitud. No es lo mismo servir al dinero que servirse del dinero.

La segunda referencia condena la excesiva preocupación por el trabajo y la existencia:

*“Por eso os digo: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo: no siembran ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? (Mt 6, 25-27)*

Hay un tiempo para el trabajo y otro para el descanso, pero en todo tiempo, se nos invita a hacerlo de corazón, como obedeciendo al Señor y no a los hombres.

A la luz de estos textos, ¿qué relación estableces entre la Palabra de Dios y tu propio trabajo?

*“Buscad primero el Reino de Dios y su justicia; y todas esas cosas se os darán por añadidura. Así que no os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su propio mal. (Mt 6, 33-34)*

Esto no es un alegato a favor de la holgazanería. Por medio del trabajo el hombre participa en la obra de Dios. Cristo se nos revela como el hombre que vive de su trabajo como artesano, a quien se le reconoce como el hijo del carpintero José. Pertenece al mundo del trabajo, labora con sus manos. En sus parábolas sobre el Reino de Dios son recurrentes sus referencias al trabajo de los hombres. En las páginas del evangelio nos encontramos con figuras de pastores, labradores, sembradores, administradores, obreros, médicos. Habla del trabajo y las ocupaciones de la mujer, del trabajo manual de los segadores, de los pescadores que se hacen a la mar.

- ¿Qué importancia le das al descanso dominical como acto de culto a Dios y como tiempo dedicado al descanso familiar?
- ¿Qué te aporta el Evangelio sobre el trabajo, que es lo nuevo que nos descubre Cristo que sea distintivo y específicamente cristiano?

## Para profundizar

Hay dos modos de analizar el trabajo, desde su dimensión objetiva o subjetiva. El sentido objetivo del trabajo es el conjunto de actividades, recursos, instrumentos y técnicas que se ponen en juego. Constituye el aspecto contingente de la actividad humana, que varía en cada etapa histórica dependiendo de las condiciones vigentes, técnicas, culturales, sociales, políticas. La dimensión subjetiva es la dimensión humana de la economía, de los sistemas de producción. Cualquier forma de materialismo y de economicismo que pretendiese rebajar el hombre a una condición inhumana, la de simple instrumento de producción, simple fuerza-trabajo, desnaturalizaría la esencia del trabajo. Esta distinción es decisiva para comprender cuál es el fundamento último de la dignidad del trabajo. La finalidad del trabajo, sea el que sea, es siempre el mismo hombre. Es un aspecto central en el pensamiento social cristiano, y plantea la relación entre evangelización y promoción humana y una verdadera conciencia social mundial (cfr. CDSI, 270).

“El trabajo es para el hombre y no el hombre para el trabajo”. Una cultura del trabajo humano no puede aceptar la inversión de ese orden requerido por la dignidad del hombre. El sábado está hecho para los hombres en la concepción bíblica, donde se participa de la libertad, del reposo y de la paz de Dios. En términos actuales, ese descanso del fin de semana, se ha reconvertido a “un tiempo libre”, “de ocio”, y se reduce a un paréntesis obligado, donde se ansía la calidad de vida, repleta de satisfacciones materiales, y vacía de la liberación interior que proporciona el encuentro del hombre con Dios, en la gratificante paz de un reposo del cuerpo y del alma. Esa concepción de la vida, donde tanto el trabajo como el descanso se pesan y se miden como adoración a una civilización del “bien estar”, se encuentra viciada en su origen y esconde formas larvadas o manifiestas de sumisión de la persona a unas condiciones exteriores que no dominamos. Hay que recuperar el sentido del domingo cristiano, donde la celebración de la Eucaristía dominical, la exclusión del trabajo y una vida familiar rica en alabanza y en convivencia fecunda, sean expresión clara de ese reposo que proviene de Dios.

El sometimiento humano al trabajo, ni es querido por Dios ni beneficia al hombre, ya sea voluntario por puro interés económico o impuesto por las propias condiciones empresariales. Cuando el trabajador se convierte en mercancía, se le manipula como un elemento impersonal más en la organización productiva. Por el contrario el trabajo procede de la persona y se orienta esencialmente a ella. El descanso dominical, aceptado de forma muy generalizada, atenúa cualquier forma de explotación y libera de una excesiva y errónea entrega al trabajo.

Cuando el hombre pierde el sentido de lo humano y la vida familiar se reduce a la mínima expresión, por exigencias voluntarias o impuestas, todo tiende a deshumanizarse y a jugar en contra de la persona. “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” (Mt 22, 21). Tiene que haber un tiempo, no negociable, para oír la Palabra, para tomar conciencia del Misterio de Dios, acercándonos a las fuentes sacramentales de la gracia, tomar contacto con la comunidad cristiana y hacerlo además en familia, formando un solo cuerpo y un solo corazón. Esa Palabra que se nos ofrece recuerda y revive las obras de Dios, desde la Creación hasta la Redención.

Hemos avanzado lo suficiente como para percibir que la relación familia y trabajo requiere una perspectiva nueva que clarifique elementos esenciales. Lo hemos visto en los fascículos anteriores al fundamentar la vocación del hombre al amor y la naturaleza sagrada de la relación hombre y mujer, elevada a Sacramento por Cristo.

En los primeros siglos de la Iglesia, de una forma paulatina los primeros cristianos introducen en la cultura grecorromana el concepto de persona y su primacía con respeto a cualquier otro tipo de realidad. En base a una nueva hermandad, porque todos los “hijos de Dios” son hermanos, ellos afirman la primacía del hombre y en consecuencia la igualdad y el fundamento de su dignidad. La esclavitud sería abolida siglos más tarde como fruto maduro de ese pensamiento original. Fue un cambio prodigioso en la estructura social, que hemos heredado en la cultura europea actual, hija de una tradición secular con raíces cristianas. No se hizo a expensas del odio, ni por el antagonismo de clases, sino por el reconocimiento de la dignidad que ampara a todo hombre, al margen de cuál sea su condición social, económica, cultural. Ya no hay judío, ni griego; hombre ni mujer, rico ni pobre, sano ni enfermo (cfr. Ga 3, 28).

Si hoy defendemos derechos fundamentales, inherentes a la persona humana, es porque previamente hemos reconocido su inviolable dignidad “En realidad, ese profundo estupor respecto al valor y a la dignidad del hombre se llama Evangelio, es decir, Buena Nueva. Se llama también cristianismo. Este estupor justifica la misión de la Iglesia en el mundo.” (RH, 10)

Ninguna persona es más digna que otra en el orden del ser. La doctrina social de la Iglesia dice más: afirma también que las estructuras sociales y las instituciones sólo tienen razón de ser en tanto en cuanto se orientan a la promoción del desarrollo integral y solidario del hombre. La Santa Sede ha vuelto a recordar, como aplicación de dicho principio, que “la persona en cuanto centro y culmen de todo lo que existe sobre la tierra, es el fin de todas las instituciones sociales y de todo el actuar económico” (Mensaje a la cumbre del G8, Cardenal Tarcisio Bertone, Santa Sede, 1 abril 2009). Sólo así podemos hablar con propiedad de que la humanidad es una sola familia, del destino universal de los bienes y la función social de la propiedad. Y de la primacía del trabajo sobre los bienes del capital.

Asistimos a un inmenso progreso, que ha conducido al hombre actual a una exaltación sin límites. Nada parece estarle vedado en este dominio del mundo material. También la familia es presionada a actuar como una unidad de producción y consumo, dentro de unas leyes inapelables de mercado, funcionalidad y beneficio. Todo lo demás se hace secundario. Juan Pablo II calificó este fenómeno de “multiforme sumisión a la vanidad”. Simultáneamente y ese es su talón de Aquiles, el trabajo es vivido como una condena, bien por la pérdida del mismo acentuada hasta el paroxismo en una situación de crisis, bien por sus condiciones extremas de precariedad.

Reconstituir el sentido del trabajo es un elemento esencial para la vida cristiana y para el ser del hombre. Familia y trabajo son ámbitos que nos constituyen, que construyen a la persona, si tomamos conciencia del valor infinito que nos aportan, porque son expresión de la semejanza con el Creador. En virtud de esa obediencia a la realidad, que nos invita a vivir en toda su belleza la verdad que contienen familia y trabajo, nos identificamos con Cristo, verdadera fuente de sentido para todo lo que es humano. El trabajó como todos, no era el filósofo ni el visionario, sino el artesano. Su familia era conocida de todos. En ese mundo familiar y laboral el Hijo de Dios vivía su obediencia a la realización de la voluntad de su Padre y al mismo tiempo la liberación más humana que el hombre pueda emprender.

El amor quiere hacer de los esposos un solo corazón y una sola alma. Unirlos tan profundamente como Dios se unió con el hombre en la encarnación.

Por eso el consentimiento de los esposos no es sólo un don mutuo entre ellos. Con él se abre la propia intimidad a Dios, fuente del amor, para que custodie el amor de los esposos. En efecto, el matrimonio pertenece a Dios, no a los hombres. Es Dios quien establece la verdad del amor conyugal y quien da la verdadera medida del amor humano. Esto lo recordó Jesús cuando afirma: "lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre" (Mateo 19, 6).

Cuando el varón y la mujer unen sus vidas para formar una familia, comienzan a vivir ese "gran misterio" que es más grande que ellos mismos. El don de Dios sostiene la fidelidad de los esposos para que puedan crecer cada día en el amor mutuo y amarse hasta que la muerte los separe. Lo que los esposos se prometieron el día de su boda no es una empresa imposible. El compromiso del matrimonio por ser don de Dios, es más grande que las dificultades de la vida cotidiana y la fragilidad de los propios sentimientos.

Dios ofrece además un "hogar" donde el amor humano puede desarrollarse y encontrar las ayudas necesarias para superar sus crisis: la Iglesia. La Iglesia conserva la memoria del amor de los esposos y los ayuda a mantenerse fieles a su promesa. Ofrece la reconciliación en el sacramento de la penitencia, para que los esposos puedan perdonarse mutuamente, y la eucaristía, como sacramento del amor donde renovarse constantemente.

### Oramos juntos

Padre, bajo tu mirada, en unión con Jesús, con la fuerza del Espíritu Santo,  
me entrego al trabajo de esta jornada:

Haz que actúe con conocimiento y atención, comprometido todo mi ser en la tarea,  
unido a todos los hombres que trabajan.

Dame la alegría de ser útil, el gozo de la honradez a toda prueba,  
la dicha de mejorar el mundo, obra de tus manos.

Lejos de mí la ociosidad y el hurto, retorno del hombre viejo:  
que el trabajo de este día acreciente la juventud de mi alma  
en la "vida nueva" a la que he nacido.

Al salir de mi hogar hacia mi destino, dame la fortaleza para enfrentar el día,  
y hazme entender que lo que hago, es para gloria tuya y no mi beneficio.

Pero sobre todo Señor, te pido que me des, tus ojos, tus manos y tu corazón,  
para ver a mi prójimo como lo ves Tú, y acogerlos como lo haces Tú.

Por tí que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

## Nos proponemos



Al calor y la luz de la Palabra hemos sopesado y reflexionado sobre el trabajo humano, que nos garantiza el sustento cotidiano. Familia y trabajo son en primer lugar dones de Dios, recibidos para nuestro crecimiento. En la mesa eucarística nos acercamos al misterio de Dios. Con el pan y el vino ofrecemos el resultado de nuestro esfuerzo cotidiano, de todo lo que somos y tenemos.

Dios nos ofrece lo más y al pedir que le amemos, incluye al prójimo como objeto de ese amor. "Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo." Es justo recomponer nuestra vida, revisar los valores que la construyen, y poner manos a la obra. Somos responsables de nuestro crecimiento personal, en medio de nuestras obligaciones diarias. En condiciones favorables o desfavorables. La felicidad Dios la da a quien pone su corazón en Él. El joven rico se marchó entristecido, porque pesó en él más el amor a las riquezas que el seguimiento de Cristo. Imploremos esa gracia de elección, que es espíritu de sabiduría. Porque sólo El es alegría y júbilo.

Llegados a este punto nos preguntamos:

- ¿Qué razones propondrías a otros para que entendiesen la dignidad del trabajo?
- ¿Cómo llevar a la vida con modos concretos, esta libertad de espíritu de trabajar para vivir, y mejorar el tiempo familiar en cantidad y calidad?
- ¿Qué actitudes y virtudes humanas pueden contribuir a dar un testimonio cristiano en el medio laboral?

## TEXTOS Y TESTIMONIOS

CDSI 255. Dios confía a la primera pareja humana la tarea de someter la tierra y de dominar todo ser viviente (cf. Gn 1,28). El dominio del hombre sobre los demás seres vivos, sin embargo, no debe ser despótico e irracional; al contrario, él debe «cultivar y custodiar» (cf. Gn 2,15) los bienes creados por Dios: bienes que el hombre no ha creado sino que ha recibido como un don precioso, confiado a su responsabilidad por el Creador.

CDSI 257. El trabajo debe ser honrado porque es fuente de riqueza o, al menos, de condiciones para una vida decorosa, y, en general, instrumento eficaz contra la pobreza (cf. Pr 10,4). Pero no se debe ceder a la tentación de idolatrarlo, porque en él no se puede encontrar el sentido último y definitivo de la vida. El trabajo es esencial, pero es Dios, no el trabajo, la fuente de la vida y el fin del hombre.

CDSI 258. El culmen de la enseñanza bíblica sobre el trabajo es el mandamiento del descanso sabático. El descanso abre al hombre, sujeto a la necesidad del trabajo, la perspectiva de una libertad más plena, la del Sábado eterno (cf. Hb 4,9-10). El descanso permite a los hombres recordar y revivir las obras de Dios, desde la Creación hasta la Redención, reconocerse a sí mismos como obra suya (cfr. Ef 2,10), y dar gracias por su vida y su subsistencia a Él, que de ellas es el Autor.

CDSI 272. El trabajo humano no solamente procede de la persona, sino que está también esencialmente ordenado y finalizado a ella. Independientemente de su contenido objetivo, el trabajo debe estar orientado hacia el sujeto que lo realiza, porque la finalidad del trabajo, de cualquier trabajo, es siempre el hombre.

CDSC 252. El punto de partida para una relación correcta y constructiva entre la familia y la sociedad es el reconocimiento de la subjetividad y de la prioridad social de la familia. Esta íntima relación entre las dos «impone también que la sociedad no deje de cumplir su deber fundamental de respetar y promover la familia misma».

## TESTIMONIO

Me casé hace casi 17 años y tengo 4 hijos de 15, 12, 10 y 6 años respectivamente. Habíamos fundamentado nuestra relación de noviazgo en estos principios con el deseo de que la nuestra fuera una "familia cristiana", apoyada en Dios, según el estilo del Evangelio y teniendo frente a nosotros el querer hacer de la familia una pequeña Iglesia doméstica como propone el Papa a las familias.

Estudié medicina y, al acabar la carrera, como todos mis compañeros de promoción, comenzaba a realizar mis primeras experiencias en el mundo laboral. Pero lo más importante para nosotros era que las decisiones en casa las tomábamos juntos. "Optamos" por ajustar nuestro "presupuesto familiar" al único sueldo que entraba en casa tratando de dar importancia, en esos primeros momentos de nuestra familia, al "construir" una relación fuerte entre nosotros dejando en un segundo plano el "tener" otra serie de elementos que quizás nos parecían también necesarios como por ejemplo la posibilidad de "una casa en propiedad".

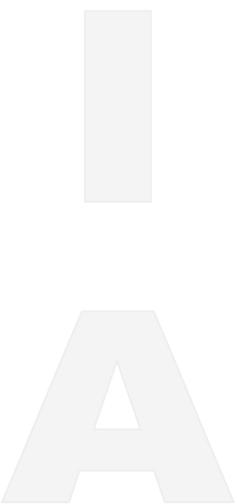
Comenzaba una nueva etapa donde, juntos, nos pusimos de acuerdo para distribuirnos las "tareas de casa" y sobre todo el "cuidado de los niños", que nos parecía uno de los factores primordiales de nuestra vivencia como padres.

Con el tiempo, mi marido empezaba a avanzar en su carrera profesional, lo que significaba más tiempo fuera de casa, y mi trabajo como médico, aunque con horario fijo, no estaba falto de imprevistos. Fue entonces, con la llegada de nuestra tercera hija, cuando tomamos una "postura" quizás más "radical" que consistió en que yo dejaba de lado mi trabajo "fuera de casa" para dedicarme de lleno a la familia.

Era una "verdadera opción", la que hice, por crear una "clima de familia" que permitiera en los primeros años mantener un ambiente de serenidad, de continuidad en las relaciones más naturales que toda familia tiene que crear en su interior: con los hijos, entre los esposos, con los familiares, con el entorno social que nos rodea.

Esto significaba un "sacrificio" para todos y tratamos de "ajustarnos" a nuestras posibilidades, sobre todo "creyendo en la Providencia" que hemos visto llegar con "regularidad", no sólo con el dinero extra que nos ha ido llegando cuando más lo hemos necesitado sino también con bienes, comida, ropa y regalos de cuantos nos rodeaban.

*(Extracto parcial de testimonio recogido en Internet)*



## Tema 8

## El tiempo y el servicio

*"Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos, que tampoco el Hijo del Hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos" (Mc 10, 43-45)*

La familia y el trabajo son esenciales para la vida humana. Lo reconocemos todos los días, cuando nos despertamos en una familia, por la que luchamos sufrimos y amamos; y cuando entregamos al trabajo nuestros mejores afanes. Cada uno sabe por qué trabaja y por qué vive. Pero no siempre nuestros intereses son altruistas y desinteresados, a veces el grano se confunde con la paja, y el amor con el desamor; el valor de la familia y el trabajo se desdibujan, y pierden su sentido esencial, la medida de lo humano. No perderemos el tiempo si destacamos en ambos ámbitos de familia y trabajo, un denominador común que nace de la vocación humana: servir y dar la vida, que es el modo de construir lo que nos pertenece. El poeta Eliot se interroga, "Si los hombres no construyen ¿Cómo vivirán?"

Esa es la misión de la Iglesia, que cada hombre y cada mujer, al seguir su vocación específica, su obrar se convierta en un servicio al mundo, en un amor encarnado, traducido en obras, en carne y en sangre, en el don de sí mismo, en las condiciones particulares de la vida. Llamada imperiosa a amar sin restricciones, sin cortapisas, sin trampas, en lo concreto de la relación con los otros. Nadie ha dicho que sea fácil, y menos en los tiempos que corren. Será una cruz muchas veces, siempre será un privilegio. Llamados a servir y hacerlo con alegría. En la pertenencia a Cristo se desvela la grandeza del amor.

El mejor servicio es apostar por un desarrollo humano integral (cfr. CiV 8, 17, 18, 19, 20), que pase por promover a todos los hombres y a todo el hombre. Pretensión válida e irrenunciable tanto para economías planificadas como para el libre mercado. El amor cristiano y la solidaridad nunca están de más, ayudan a configurar un universo ético, a purificar todas las ambiciones humanas. La visión cristiana justifica y defiende el valor incondicional de la persona, en cualquiera de los ámbitos en que se desarrolle. Servir en las condiciones de la vida, siempre y en todo momento, es una actitud evangélica y humana. En una civilización sobreexcedida de derechos, hay que volver a la gratuidad y la responsabilidad en todos los órdenes de la vida.

## Fijándonos bien

La solidaridad en términos actuales es la expresión del servicio. Benedicto XVI lo ha acuñado como “la caridad en la verdad”, título de su reciente encíclica *Caritas in veritate*. Frente a todos los desajustes, injusticias, desequilibrios, y pecados posibles sólo una mirada misericordiosa, que pone el amor por encima de cualquier medida llega a resolver las profundas incongruencias que se dan en cualquiera de los ámbitos familiares, profesionales, sociales...

Hay una ambivalencia en el corazón humano. Muestras de insolidaridad se dan todos los días, en la familia, en el trabajo, en la sociedad. Y también todo lo contrario. El voluntariado crece por doquier. Está de moda solidarizarse con causas ajenas, y gracias a esa generosidad sincera se pueden acometer ingentes servicios sociales. Pudiera parecer que la empresa es el espacio de la racionalidad y de la competitividad y que el corazón del hombre queda liberado fuera de los horarios laborales. En realidad el espacio más permanente para la colaboración y la gratuidad es el del propio trabajo y la familia, sin omitir esas otras realidades que alimentan una cultura de la gratuidad en el marco de la sociedad civil.

En relación con el trabajo, nos encontramos con condiciones objetivas de precariedad: temporalidad del empleo, horarios desadaptados, lejanía del puesto de trabajo en muchas ocasiones, empleo sumergido, paro, procesos de desigualdad laboral por razones de género, edad, origen étnico y otras prácticas como el acoso sexual o moral, grupos con dificultad de acceso al mercado laboral, como mayores de 45 años, personas con necesidades especiales, físicas, psíquicas o sensoriales, etc. Unas veces responden a factores estructurales a resolver por la vía política, otras corresponden a la iniciativa empresarial y al diálogo social. Lo más penoso de todo, carecer de trabajo.

En último término la persona es el centro de gravedad de ese triángulo determinado por la familia, el trabajo y la cultura, que son ámbitos del obrar humano y de su perfeccionamiento moral.

Hay un bien propio en cada uno de esos ámbitos, que se alcanza plenamente cuando se aspira al bien común, que no consiste en la suma de aspiraciones, sino en el reconocimiento de valores permanentes, como la justicia, la libertad, la verdad, la responsabilidad, la belleza, el bien, la dignidad de la persona. La gratuidad está en la vida y se puede ejercer de muchas maneras.

Acostumbrados como estamos a ver crecer desproporcionadamente el Mercado y el Estado, la realidad de la sociedad civil está llamada a moderar ambas tendencias, y a defender al hombre concreto, en lo que le resulta esencial, su propia centralidad en cualquier sistema político o social.

“No tengo tiempo” es la justificación más socorrida con la que nos escudamos para no hacer aquello que no pensábamos hacer. San Agustín vivía un dilema parecido, y en sus Confesiones nos muestra su alma desgarrada: “¿Hasta cuándo voy a decir: ‘Mañana, mañana?’ ¿Por qué no poner fin ahora mismo a mis torpezas?”

Los buenos propósitos, no deberían esperar, su lugar está en el presente, porque sin tiempo disponible es imposible que exista un servicio verdadero.

- Señala alguna de las insolidaridades que te resulten más dolorosas en los medios familiar y profesional de los que participas.
- ¿Piensas que es posible hoy en día una renovación profunda que nos conmueva y cambie nuestras actitudes, que ponga por encima de todos nuestros intereses el bien del hombre y de todos los hombres?
- ¿Has probado a componer un horario de tu actividad diaria? Dale un peso a cada una de ellas, y verás dónde está tu corazón. Y comprueba si no figuran algunas de las que deberían estar.



## Escuchamos la Palabra de Dios

La Palabra de Dios es la fuente escondida que sacia la sed de verdad y de amor, que todos tenemos. "Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles" (Sal 126,1).

No se nos ocurriría relacionar un proceso de contratación laboral con el Reino de los Cielos, si antes Jesús de Nazaret no nos hubiese regalado esa parábola, que conserva toda su vigencia: somos colaboradores necesarios de Dios en la viña que se llama casa.

"En efecto, el Reino de los Cielos es semejante a un propietario que salió a primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña. Habiéndose ajustado con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. Salió luego hacia la hora tercia y al ver a otros que estaban en la plaza parados, les dijo: 'Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo.' Y ellos fueron. Volvió a salir a la hora sexta y a la nona e hizo lo mismo. Todavía salió a eso de la hora undécima y, al encontrar a otros que estaban allí, les dice: '¿Por qué estáis aquí todo el día parados?' Dícenle: 'Es que nadie nos ha contratado.' Díceles: 'Id también vosotros a la viña.' "(Mt 20, 1-8).

Como telón de fondo tenemos una necesidad apremiante. El paro es un cáncer de la sociedad, porque arrebatada un bien necesario para la subsistencia de la familia y el desarrollo personal. A veces se desarrolla en un clima de ilegalidad, el trabajo sumergido representa el 60% del trabajo del hombre sobre el planeta, es mano de obra barata, mercancía trucada, que hiere la dignidad de las personas y hace imposible cubrir las necesidades básicas. Todos tenemos la condición de obreros en ese campo, al margen del momento en que hayamos sido contratados, para echar una mano acorde con nuestras posibilidades. Donde hay necesidades materiales, hambre de pan, sanidad, educación, etc., la viña se ha de llenar de viñadores. Menos visibles son las necesidades morales y espirituales, pero están en todas partes.

La iniciativa social ha de ser sobre todo propositiva. Los cristianos estamos llamados a trabajar por la creación de empleo, a crear condiciones sociales justas cada vez más amplias. El problema no es tanto las fuentes de riqueza, sino su distribución en un mercado justo. Se nos invita en la parábola a participar, a dar un sentido correcto, generoso, equilibrado a la utilización del tiempo disponible. Benedicto XVI en la Caritas in veritate habla de la caridad social. La viña es inmensa y cercana. Basta con abrir los ojos. El Reino de los Cielos ya está presente en nuestros quehaceres y preocupaciones.

"Vosotros sabéis que estas manos proveyeron a mis necesidades y a las de mis compañeros. En todo esto os he enseñado que es así, trabajando como se debe socorrer a los débiles y que hay que tener presentes las palabras del Señor Jesús, que dijo: Mayor felicidad hay en dar que en recibir". ( Act 20, 34-35).

El camino del Amor en el servicio siempre está a nuestra disposición. El trabajo doméstico –que también es trabajo–, la misión educativa de la familia, hoy tan abandonada y tan denigrada, la reorientación de nuestro tiempo libre, -casi siempre tenemos tiempo para lo que nos apetece, y raramente para hacerlo disponible–, el espacio social y humano de la empresa.

La lectura de estos textos sagrados se hace presente aquí y ahora.

- ¿Dónde piensas que brota la fuerza y la energía necesarias para este camino de transformación personal y de renovación de la propia mentalidad?
- ¿Cómo entiendes la espiritualidad del trabajo, el modo de materializar el "ora et labora" en las condiciones en que te ha tocado vivir?

## Para profundizar

Todo quehacer humano laboral se compone de un producto buscado con ese obrar, de unas operaciones manuales o intelectuales, y finalmente de una intencionalidad que nace últimamente de un amor. El orden del "ser" es justamente el inverso, de tal forma que si el amor carece de importancia en esa secuencia, el trabajo pierde su propia finalidad que es el hombre mismo. Nos debería de tranquilizar pensar que un presupuesto tan arriesgado (ama y haz lo que quieras diría S. Agustín), en vez de hacer irrelevante el trabajo, lo eleva a su perfección intrínseca, la única que dignifica a la persona como tal. Abrir las páginas del Evangelio nos conduce siempre a la convicción de que "el hombre vale más por lo que es que por lo que tiene" (GeS 35). En su aplicación práctica nos ayuda a distinguir aquello que tiene categoría de medio de lo que tiene categoría de fin.

La sociedad actual se ha decantado masivamente por la incorporación de la mujer al trabajo. Es un dere-

cho subjetivo en parte impulsado por necesidades vitales y económicas, -un sueldo da para poco hoy en día y dos resuelven mejor la economía familiar- y en parte por el reconocimiento del derecho de la mujer a participar libremente en la sociedad, en todos los ámbitos de la existencia, en condiciones equiparables a las del varón. Ya sea que la mujer se quede en casa o que se incorpore a la actividad laboral, la sociedad en cualquier caso debería reconocer su aportación, en parte común al hombre y en parte original e insustituible como es su maternidad, al servicio de la vida. Hoy es un hecho el techo de mínimos de las políticas familiares, en las que España permanece en el vagón de cola de la unión europea. Muchas familias se sienten injustamente discriminadas, a la hora de ejercer su responsabilidad creativa y educativa, y la mujer en especial para desarrollar plenamente sus funciones maternas.

Corremos el riesgo de delimitar el trabajo en un espacio exclusivamente "laboral" y también perder de vista la significación del propio trabajo como acto de la persona, cuando ésta presta un servicio a la comunidad que favorece su propio desarrollo. El concepto de servicio vuelve a aflorar y con este sentido amplio y comprensivo, haríamos mal en excluir la propia actividad doméstica. El trabajo familiar es un trabajo de primer orden, al incluir la educación de los hijos y todo lo que conlleva la manutención y el cuidado.

Pensemos brevemente en la densidad de su contenido: la riqueza del mundo relacional que alimenta en la relación conyugal, en la paternofamiliar, en la convivencia entre hermanos. En la familia se hace natural la relación entre generaciones que conviven bajo el mismo techo, se protege la salud, tanto física como psíquica. Proporciona seguridad a sus miembros, especialmente a los más indefensos, pequeños y ancianos, favorece el apoyo económico y la cooperación. Garantiza el afecto, el reconocimiento de una tradición y de unos valores, madura al hombre y le hace crecer en una realidad fecunda. La familia es polivalente, universal, para dar respuesta particularizada a sus necesidades materiales, educativas, afectivas y psicosociales, éticas y morales, religiosas y espirituales. Nadie lo haría mejor por menos. Parece justo reclamar la solidaridad de la sociedad con la familia, incluso mediante una retribución económica, un salario familiar, que compense al cónyuge que asume muchas de esas tareas. El trabajo, factor humano de primera necesidad, carente de esa base de humanización que es la familia, tiende a desnaturalizarse y a deshumanizarse. Las capacidades de la familia, sin embargo, cuando se le concede el tiempo, la entrega, el apoyo y la dedicación necesaria, en su justa relación con el trabajo, son inmensas. A la familia se le puede negar el pan y la sal, pero todos sabemos que es el recurso decisivo, cada vez más necesario en una sociedad individualista y triste donde crece el desarraigo y el aislamiento de las personas.

El Sínodo diocesano ha insistido en el servicio a prestar en lo que designa como "*situaciones especiales*" desde la comunidad cristiana: las situaciones personales y familiares de las personas de edad avanzada, los viudos, las viudas, separados, madres solteras, matrimonios de mixta religión, matrimonios en situación irregular, víctimas de la violencia doméstica... (*III Sínodo Diocesano 176*). La Iglesia, no en vano, es la gran familia de los hijos de Dios.

Siendo la familia el primer factor de humanización, el trabajo conforma con la familia una unidad interna, de relaciones mutuas, en la medida que la persona es sujeto familiar y al mismo tiempo contribuye con su trabajo a mantener su familia y a la edificación de la sociedad. No podemos olvidar las condiciones objetivas del trabajo, con sus tensiones, injusticias y problemas. Juan Pablo II expresaba con dolor las falsas soluciones, la dialéctica de la violencia que tantas veces se impone en el medio laboral: *Me duelen las insuficiencias del trabajo, me duele profundamente la injusticia, me duelen las ideologías del odio y violencia que no son evangélicas y que tantas heridas causan en la humanidad contemporánea.* (Juan Pablo II, Estadio Jalisco, Guadalajara, en Méjico, 30/01/1979). Su empeño manifiesto fue proclamar el Evangelio del trabajo, que tiene como característica fundamental establecer vínculos de solidaridad y reciprocidad en aras de unir a los hombres.

En el Evangelio subyace esa capacidad de construir comunidades humanas, desde la solidaridad profunda de sus miembros. El amor al prójimo en el medio de vida propio, y el testimonio que siempre comporta abre el camino a un servicio comunitario. La caridad es el recurso más convincente; cuando se ha comprendido la exigencia de la solidaridad que brota del Evangelio, surge la disponibilidad. Siempre se dan exigencias sociales desde la fe que ponen a prueba la veracidad de nuestro testimonio. Hay siempre una dimensión social y comunitaria en el trabajo humano: trabajar con otros y trabajar para otros.

"La doctrina social de la Iglesia sostiene que se pueden vivir relaciones auténticamente humanas, de amistad y de sociabilidad, de solidaridad y de reciprocidad, también dentro de la actividad económica y no solamente fuera o «después» de ella" (CiV, n 36). Y esto en razón de ser una actividad del hombre, que requiere articularse éticamente.



## Oramos juntos

Señor, Tú no te equivocas al distribuir el tiempo a los hombres:  
Tú das a cada uno el tiempo de hacer lo que quieres que haga.

Pero no hace falta perder el tiempo, despreciar el tiempo, amasar el tiempo,  
porque el tiempo es un regalo que Tú nos haces,  
pero un regalo deteriorable, un regalo perecedero.

Señor, tengo tiempo, tengo todo mi tiempo, todo el tiempo que Tú me das:  
Los años de mi vida, los días de mis años, las horas de mis días son todos míos.

A mí me toca llenarlos, serenamente, con calma, pero llenarlos todos,  
hasta el borde para ofrecértelos, de modo que, de su agua insípida,  
Tú hagas un vino generoso, como hiciste un tiempo en Caná, para las bodas humanas.

No te pido, Señor, el tiempo de hacer esto y después aquello;  
te pido la gracia de hacer conscientemente lo que Tú quieres que haga,  
en el tiempo que Tú me das.

Michel Quoist

## Nos proponemos

La responsabilidad por el otro, el cuidado, la benevolencia. Ser para los demás, testigos de vida, hombres y mujeres de bien, reconocibles por sus buenas obras, comunicadores de paz, y no de aflicción, conciliadores en la justicia, gratuitos en el don de sí. Serlo cada día, sin importar los errores cometidos, dispuestos a perdonar y ser perdonados. Y hacerlo presente, primero con los de casa, con los amigos y vecinos, con los que compartimos las vicisitudes del trabajo, luego con todos los que se cruzan en nuestro camino sin haberlos buscado. Practicar ese respeto profundo que a cada uno es debido. Y orar por todos, los cercanos y los lejanos, la Iglesia militante, y los que ya no están con nosotros.

El núcleo de la conciencia cristiana está en la vocación al amor y al servicio. La Iglesia como Madre y Maestra guía nuestra maduración moral que nos conduce a ser "hijos" en el Hijo", y por lo tanto hermanos.

La vida en su verdadero sentido no la tiene uno solamente para sí, ni tampoco sólo por sí mismo: es una relación, con Dios como fuente de la vida y como comunión de personas en las fraternidades humanas en las que se desarrolla la persona. Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para él que murió por ellos (cfr. 2 Cor 5-15).

- ¿Muestra alguna experiencia propia de solidaridad y servicio que te haya marcado especialmente y lo que ha supuesto para ti?
- ¿Has sopesado el tiempo real que dedicas a tu familia, a tu comunidad? ¿Te parece generoso, suficiente, insuficiente? ¿Te complementas bien con tu cónyuge en los trabajos familiares?
- La unión hace la fuerza, el evangelio habla de una viña (un trabajo común) y unos viñadores. Muchas necesidades o se resuelven de modo cooperativo o se quedan sin resolver, dada su envergadura. Esto plantea una pregunta ¿qué tipo de necesidades pueden plantear respuestas cooperativas? ¿Participas en alguna de ellas?



**Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia**

CDSC 149. La persona es constitutivamente un ser social, porque así la ha querido Dios que la ha creado. La naturaleza del hombre se manifiesta, en efecto, como naturaleza de un ser que responde a sus propias necesidades sobre la base de una subjetividad relacional, es decir, como un ser libre y responsable, que reconoce la necesidad de integrarse y de colaborar con sus semejantes y que es capaz de comunión con ellos en el orden del conocimiento y del amor: «Una sociedad es un conjunto de personas ligadas de manera orgánica por un principio de unidad que supera a cada una de ellas. Asamblea a la vez visible y espiritual, una sociedad perdura en el tiempo: recoge el pasado y prepara el porvenir».

CDSC 251. En la relación entre la familia y el trabajo, una atención especial se reserva al trabajo de la mujer en la familia, o labores de cuidado familiar, que implica también las responsabilidades del hombre como marido y padre. Las labores de cuidado familiar, comenzando por las de la madre, precisamente porque están orientadas y dedicadas al servicio de la calidad de la vida, constituyen un tipo de actividad laboral eminentemente personal y personalizante, que debe ser socialmente reconocida y valorada, incluso mediante una retribución económica al menos semejante a la de otras labores. Al mismo tiempo, es necesario que se eliminen todos los obstáculos que impiden a los esposos ejercer libremente su responsabilidad procreativa y, en especial, los que impiden a la mujer desarrollar plenamente sus funciones maternas.

CDSC 580. La finalidad inmediata de la doctrina social es la de proponer los principios y valores que pueden afianzar una sociedad digna del hombre. Entre estos principios, el de la solidaridad en cierta medida comprende todos los demás: éste constituye «uno de los principios básicos de la concepción cristiana de la organización social y política»

**TESTIMONIO**

*Karol Wojtyła, trabajador en las canteras (Juan Pablo II hacia el año 2000, de M. Álvarez, M. Velasco y P. de la Herrán).*

“Los intelectuales y los estudiantes corren gran peligro (en la Polonia ocupada). Primero lo destinaron a las canteras de Zakrzówek, cerca de Cracovia, durante el invierno de 1940. El frío era tan intenso que tenía que untarse la cara con vaselina para evitar heridas en la piel. Con botas y mono azul, picaba rocas con un mazo hasta llenar una carretilla que luego empujaba hasta la vagoneta. En la cantera se hizo buenos amigos. El capataz, un polaco bondadoso llamado Krauze, lo destinó a la colocación de explosivos en la roca, con lo que, entre voladura y voladura, podía refugiarse en el cobertizo y leer un rato... Después del trabajo se dedicaba a estudiar”.

“Durante estos años, Karol ha crecido para adentro. Y en este crecimiento ha tenido un papel importante un hombre sencillo, un sastre: Jan Tyranowski, que fue, en palabras del propio papa Juan Pablo II: uno de esos santos anónimos que viven escondidos entre la gente. El me hizo partícipe de la riqueza de su vida interior, de su vida mística. Dejó los estudios para ponerse a trabajar de sastre en el taller de su padre. Durante la ocupación fue un verdadero maestro de vida espiritual para muchos jóvenes. Se llamaba Juan. En él vi la belleza del alma desplegada por la gracia. Yo no pensaba en el sacerdocio cuando él me prestó, entre otras, las obras de San Juan de la Cruz. Debo a ese admirable desconocido la revelación de un universo”.

Años más tarde, siendo ya Obispo, recordaba junto a algunos sacerdotes de Cracovia estos años difíciles, destacando la bondad de la gente con la que trabajó en la cantera. En 1979 hablaba ante un grupo de trabajadores: El Papa no tiene miedo a los hombres del trabajo. Los ha tenido siempre muy cerca de sí. Ha salido de entre ellos. A través de sus experiencias personales de trabajo, el Papa ha aprendido de nuevo el Evangelio. La Encíclica *Laborem exercens* quedará como una de las grandes aportaciones de la Iglesia al mundo del trabajo, de todo trabajo humano, manual o intelectual. En ella subraya que el primer fundamento del valor del trabajo es el hombre.

## Tema 9

## Un solo corazón y una sola alma

*"El amor es comprensivo, el amor es servicial y no tiene envidia; el amor no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad." (1 Cor 13, 4-6)*

La Iglesia nos propone una cultura de la vida humana, de la familia, del trabajo. El denominador común es la cultura del amor, el Evangelio del amor y de la vida, abierto a la realidad del hombre. En su corazón dormitan bienes irrenunciables: evidencias de justicia, de verdad, de bondad, de belleza, de bien. El mundo es hoy una aldea global, pero también la morada que debemos construir, desde esas realidades esenciales. Hemos tomado conciencia de la globalización, de la proximidad e interconexión entre las distintas realidades sociales, económicas, políticas, empresariales.

El cristiano renovado por Cristo, se transforma en luz para los demás, con sus "buenas obras", realizadas a la luz del día. Los hombres necesitan ver para creer, para glorificar a Dios. ¿Y que son esas buenas obras? La excelencia en el obrar, en los ámbitos esenciales en que nos movemos, la morada familiar y el trabajo, las comuniones fundamentales cotidianas. Desde la célula primaria de la sociedad que es la familia, se alimenta el auténtico desarrollo, que busca promover a todos los hombres y a todo el hombre. El III Sínodo Diocesano ha querido destacar la verdad profunda del matrimonio y la familia, como "Imagen de Dios", como "Iglesia doméstica", como "Esperanza para la sociedad".

Familia y trabajo son dimensiones de la inserción en el mundo y contribuyen a generar una historia, un solo corazón y una sola alma. El hacedor de esa unidad, el que la lleva a plenitud es Cristo. La Iglesia, al imitar a su Maestro, recorre el camino del hombre, que ineludiblemente pasa por la familia en que vive y por el trabajo que realiza. En la morada eclesial, los cristianos realizamos el aprendizaje de la comunión en una Eucaristía que recoge el fruto del trabajo de los hombres y se llena del don de sí de Cristo. La sociedad es la viña, el campo complejo y variopinto, en el que estamos llamados a construir una historia con sentido, desde la profunda unidad a la que somos llamados.

## Fijándonos bien

Hemos visto como el trabajo y la familia son dones de Dios, y como ambos nos ayudan a superar la soledad y la precariedad que acosan al hombre. Éste descubre en las comuniones humanas que el amor justifica la existencia y abre de par en par las puertas al otro. El bien común de la sociedad y de los grupos se sostiene por las relaciones de confianza, de cooperación, de reciprocidad. En consecuencia, sólo en ese tipo de relaciones de unos para con los otros, crece la propia humanidad.

El servicio y la disposición a amar al otro, esposo, esposa, hijos, amigos, todos aquellos que comparten el camino de la vida, es la vocación y la tarea propia del hombre. Desde esta profunda unidad, la cultura del trabajo y de la familia caminan juntas y se fortalecen mutuamente.

Sin embargo no todo el monte es orégano. El "amarás a tu prójimo" tiene escasa vigencia social. Aspiramos a la profunda unidad de todo lo creado, y desde nuestra experiencia, sin ir más lejos, vivimos de ruptura en ruptura. Hay un cierto deseo de hacer el bien pero hacemos tantas veces todo lo contrario. Siempre median opciones personales, injusticias que lesionan el bien común en el ámbito familiar, profesional, social, político.

En una sociedad que adora el dinero y la autonomía personal, el "no serviré" que está en el origen del mal, es moneda de cambio legal. La conflictividad de la sociedad es la visibilidad de los unos frente a los otros. Esposos que no desean ser padres, familias alargadas y móviles, como ha dicho el Papa recientemente, que multiplican los padres y las madres, millones de hijos que padecen las consecuencias del divorcio. Si no somos capaces de ser justos con nosotros mismos, ¿cómo esperar que la empresa, la comunidad, el Estado, aporten un principio de unidad y de solidaridad efectivo?

En el ámbito laboral persisten graves formas de explotación, situaciones lacerantes, dolorosas, formas organizativas lesivas para la dignidad de las personas, precariedad, indefensión, que nacen de un plan de Dios roto en la organización de la vida humana. Los derechos humanos se conculcan un día sí y otro también.

Los desajustes entre familia y trabajo, se viven de forma traumática, razón por la cual hoy se apuesta por la conciliación de la vida laboral desde instancias exteriores. No todo queda ahí, porque la relación y la influencia son mutuas. Una familia problemática y desmembrada, aporta un capital social escaso al mundo del trabajo. El absentismo laboral en parte es un reflejo. Y viceversa, si la empresa no tiene una prioridad ética respecto de sus empleados, acabará perjudicándolos, para favorecer intereses económicos sin más.

Luces y sombras nos acompañan. Unas veces son diminutas y otras son planetarias. El mal se abre paso, cuando puede, en el corazón del hombre, aunque no tenga futuro. La luz, cuando es acogida, tiende a cambiarlo todo.

No hay bien social que no tenga su raíz en opciones personales. La reforma de la sociedad es posible. Cristo nos invita a caminar mientras que es de día, a iluminar la realidad social desde la luminaria modesta y microscópica de nuestras acciones, contempladas y realizadas con un corazón nuevo, como hijos de la luz. La esperanza cristiana es propositiva, nos invita a encender luces en la noche, en vez de maldecir de la oscuridad. Es mucho lo que se puede hacer desde una profunda conversión interior y una apertura sincera y generosa. El hombre es redimido por el amor. Eso es válido incluso en el ámbito puramente intramundano. "En este sentido, ha recordado Benedicto XVI (Spe salvi, 27) es verdad que quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. Ef 2,12)."

- ¿Te parece que se viven relaciones auténticamente humanas, de amistad y de sociabilidad, de solidaridad y reciprocidad, dentro de tu actividad laboral?
- ¿Cuáles consideras que son los puntos fuertes de la familia actual, y cuales sus principales debilidades?
- ¿Has reflexionado sobre la esperanza en una sociedad materializada? ¿Puede el evangelio afrontar la sanación del hombre sumergido en la secularización?





## Escuchamos la Palabra de Dios

Jesucristo en el diálogo con los fariseos sobre el divorcio, se remite "al principio", en que no era así, hablaba del Génesis como realidad primera del hombre sobre la tierra, no afectada por el pecado y donde se daba una experiencia esencialmente humana:

«Dijo Dios: "Ved que os he dado toda hierba de semilla que existe sobre la faz de la tierra, así como todo árbol que lleva fruto de semilla; os servirá de alimento. Y a todo animal terrestre, y a toda ave del cielo y a todos los reptiles de la tierra, a todo ser animado de vida, les doy la hierba verde como alimento" (Gn 1, 29).

En la creación, la mano creadora de Dios va a configurar el mundo visible de una forma integrada, y del caos va a hacer surgir la vida con todos los elementos necesarios: crea al hombre y a la mujer, los hace fértiles, les da el poder de llenar la tierra y someterla. Quedan dibujados los actores del drama, la vocación en el amor que les unirá para siempre, su fecundidad como fruto maduro, y su capacidad de someter a su servicio las cosas creadas, expresada en la autoposesión y el auto-dominio. El don del amor y la tarea del trabajo, para alcanzar el dominio, son consustanciales con la vida del hombre, realidades originarias. Y todo ello conforma un panorama unitario, bello y justo. Dios califica su obra como "muy buena". En este sentido los primeros capítulos del Génesis son como la Biblia del trabajo.

El pecado ha trastornado en el hombre su mundo interior, la complejidad ha aflorado de nuevo y la imagen de Dios en el hombre se ha debilitado. Todo lo humano ha recibido el impacto de esta alteración profunda. La vida nueva a la cual el hombre aspira en lo más profundo de su ser, es el don de Dios recibido en su pureza inicial y que ahora se le hace inalcanzable. Cristo será la resolución del enigma del hombre en esta encrucijada. Con su Encarnación, Pasión y Resurrección, ha devuelto al hombre el sentido de su vida y le ha regalado una vida nueva en el Espíritu, que nos reflejan los Hechos de los apóstoles.

"Un santo temor se apoderó de todos ellos, porque los Apóstoles realizaban muchos prodigios y signos. Todos los creyentes se mantenían unidos y ponían lo suyo en común: vendían sus propiedades y sus bienes, y distribuían el dinero entre ellos, según las necesidades de cada uno. Íntimamente unidos, frecuentaban a diario el Templo, partían el pan en sus casas, y comían juntos con alegría y sencillez de corazón; ellos alababan a Dios y eran queridos por todo el pueblo. Y cada día, el Señor acrecentaba la comunidad con aquellos que debían salvarse" (Hch 2, 43-47).

El más vivo deseo de Cristo ha sido y es para nosotros, fortalecer la unidad entre los hombres, "que todos sean uno como Tu, Padre, y yo somos uno" (Jn 17, 20). Este deseo, a pesar de la obstinación humana, y de todos los rechazos de la historia hacia el Hijo de Dios, es la única verdad que nos salva y por eso se ha convertido en la piedra angular. "Un solo corazón y una sola alma", es el programa social del siglo XXI, un mundo de paz y de concordia en la justicia y en la solidaridad. Esta dimensión vocacional representa un conjunto de convicciones y de valores, una pertenencia a la Iglesia y una adhesión al Misterio de Cristo, que nace en la enseñanza de los Apóstoles, en la comunión de vida, en la que se comporten los bienes necesarios para una vida decorosa, en la fracción del pan, que es el cuerpo de Cristo, y en la oración. La caridad como tarea en la Iglesia es permanente. Los pobres nos interpelan, los que yacen en la miseria material y también los que yacen en esa otra miseria moral, que desgraciadamente brota con especial virulencia en el mundo desarrollado. Pobrezas humanas que también están presentes en la vida familiar.

- ¿Cómo afronto mi trabajo diario y como lo relaciono con mi vocación cristiana? ¿Existe un hilo conductor entre afecto, trabajo y cultura?
- ¿Es posible una civilización del amor en lo concreto de una vida ordinaria? Haz alguna propuesta práctica.
- ¿Qué lugar ocupa la comunidad cristiana en tu familia? ¿Qué recibes de ella? ¿Qué es lo que pones a su disposición? Apunta posibles vías para fortalecer la relación con tu comunidad cristiana.

## Para profundizar

\*Juan Pablo II, en el estadio de Guadalajara en México, lleno a rebotar de obreros, pronunció en 1979 uno de los más impresionantes discursos acerca de la dignidad del trabajo humano, diecisiete veces fue interrumpido. El trabajo -decía- no ha de ser una mera necesidad, ha de ser visto como una verdadera vocación, un llamamiento de Dios a construir un mundo nuevo en el que habite la justicia y la fraternidad, anticipo del Reino de Dios, en el que no habrá ya carencias ni limitaciones.

Cuántas veces hemos leído la parábola de la casa que se construye sobre arena, sin pararnos a pensar qué cimientos sustentan nuestra vida familiar y laboral, el sentido de todo lo específicamente humano y cómo el mundo nuevo seguirá siendo una utopía y la justicia y la fraternidad bienes inalcanzables, a la medida humana, si el hombre no se vuelve hacia Dios.

En la vida de la Sagrada Familia están presentes su trabajo y su humanidad familiar. Cristo ha conocido la penuria del trabajo y también sus profundas satisfacciones. De San José aprendió el oficio, y la forma de ser hombre ante las inclemencias de la vida. ¿Cómo sería el cuidado de José hacia el Hijo de María? ¿Y con qué ternura viril no velaría sus sueños y su descanso? De María Juan Pablo II dirá a los obreros del mundo del trabajo en Méjico: Recordad a aquella Virgen Madre que supo ser causa de alegría para el esposo y guía solícita para el hijo en los momentos de dificultad y de prueba. Cuando hay preocupaciones y limitaciones, recordad que Dios escogió a una Madre pobre y que Ella supo permanecer firme en el bien, aún en las horas más duras.

La palabra de Juan Pablo II se hacía imperiosa. El trabajo ha de ser el medio para que toda la creación esté sometida a la dignidad del ser humano e hijo de Dios.

Ese trabajo ofrece la oportunidad de comprometerse con toda la comunidad sin resentimientos, sin amarguras, sin odios, sino con el amor universal de Cristo que a nadie excluye y a todos abraza -nos sigue diciendo Juan Pablo II-. No podemos afirmar que amamos de verdad, si no traducimos en gestos y en hechos lo que afirmamos con los labios. El trabajo no es el problema, sino la solución. En el evangelio que Cristo nos anuncia, el trabajo es el punto de arranque, la fragua que temple al hombre, que lo purifica, que lo madura en el servicio, es el templo donde el hombre se ofrece por sus hermanos. El trabajo es el gran nexo entre la familia y la comunidad, un elemento necesario para la subsistencia y para el equilibrio psíquico de la persona, un don que hay que hacer fructificar.

Existe un concepto cristiano del trabajo, de la vida familiar, de cómo interpretar y realizar la relación entre ambas, al objeto de que hombres y mujeres realicen su vocación humana de amor y de servicio. La condición del hombre es constitutivamente social y encuentra su realización en el trabajo y en el resto de relaciones sociales. Todo esto nos puede parecer ya de por sí valioso y ciertamente lo es. Y sin embargo no es suficiente. Porque además el trabajo adquiere para el creyente valor de redención. Todo lo humano queda elevado, asumido por el Hijo de Dios, que en su vida conoció y abrazó una familia humana, y una vida oculta y laboriosa hasta sus treinta años.

\*El mundo nos pide razones de su esperanza (cfr. 1 P 3, 15), no creará sin una propuesta moral, que suponga uni-

dad de fe y de vida en los creyentes, con la conciencia de ser testigos de Otro en el escenario en el cual nos movemos: familia, trabajo, comunidad, amistades, diversión, cultura... El trabajo no puede, no debe romper ni fracturar la vida, ni ser elemento de división entre el hombre y su familia, ni del hombre consigo mismo. El hombre cristiano construye una "civilización del amor" en la realidad de las cosas, en las circunstancias humanas. Sin compartimentos estancos. En el amor encontramos la plenitud y la dirección correcta de la libertad, que es la comunión de personas. El amor o se traduce en servicio o perece. En la familia es muy fácil percibirlo: "Amar en ella significa dar y recibir lo que no se puede comprar ni vender, sino sólo regalar libre y recíprocamente" (CDSI 221).



El deseo profundo de que cambie la realidad, especialmente las estructuras sociales en las que estamos implicados, ha sido con frecuencia un motivo de tensión y de polarización en la comunidad cristiana. Juan Pablo II ha iluminado esta problemática:

Para el cristiano no basta la denuncia de las injusticias, a él se le pide ser testigo y agente de justicia; el que trabaja tiene derechos que ha de defender legalmente, pero tiene también deberes que ha de cumplir generosamente. Como cristianos Estáis llamados a ser artífices de justicia y de verdadera libertad a la vez que forjadores de caridad social. (Discurso a los obreros de Guadalajara, 30 enero 1979).

Desde los "principios" de la doctrina social de la Iglesia es mucho lo que queda por hacer en el mundo del trabajo. Hay que recordarlos: el bien común, en cuanto bien de todos los hombres y de todo hombre; el destino universal de los bienes, necesarios para un desarrollo integral; la subsidiaridad por la que las sociedades de orden superior (el Estado por ejemplo) deben ponerse en una actitud de ayuda, apoyo y promoción respecto a las menores (por ejemplo la familia, cuerpos intermedios); la participación en la vida cultural, económica, política y social de la comunidad; los valores fundamentales de la vida social: la verdad, la libertad, la justicia, el amor.

Dentro de la empresa se da una solidaridad horizontal, que pueden y deben ejercer las representaciones sindicales, en un marco de justicia distributiva y de defensa de derechos. Quién ejerce cualquier tipo de responsabilidad laboral, sabe la importancia de las relaciones laborales justas y de la necesidad de políticas de personal respetuosas de la dignidad de las personas. El balance social de muchas empresas obliga a considerar la seguridad, las políticas medioambientales, la relación con proveedores y clientes, los códigos éticos. La conciliación de la vida laboral es un paso en la dirección correcta a favor de la familia. Queda el amplio campo de las relaciones personales, de los círculos de proximidad generados en la vida laboral, partiendo de intereses profesionales, culturales, deportivos, formativos. La comunión de personas es posible y deseable y cada cual ha de buscarla desde el lugar en que se encuentra.

Frente a la lógica del mercado de dar para tener (justicia conmutativa), y la lógica del Estado de dar por deber (justicia distributiva), hay otra lógica necesaria que no elimina las anteriores, sino que las perfecciona, la lógica de la gratuidad. Es la misión de la familia en origen y de la sociedad, en sus cuerpos intermedios. Sólo con la caridad, iluminada por la luz de la razón y de la fe, es posible conseguir objetivos de desarrollo con un carácter más humano y humanizador, nos ha insistido Benedicto XVI en su última encíclica (CiV, nº. 9). Y más adelante: el primer capital que se ha de salvaguardar y valorar es el hombre, la persona en su integridad: «Pues el hombre es el autor, el centro y el fin de toda la vida económico-social.» (CiV 25). La caridad, como expresión de esa centralidad, en la familia, en la empresa, en la sociedad, determina un modo de unidad en todo lo humano que es factor de entendimiento, de paz y desarrollo. Se nos invita a vivir con ese espíritu para que se renueve profundamente la vida de nuestras familias y centros de trabajo, y para que el testimonio cristiano se haga esperanza para los hombres.

La sociedad civil abre un campo ilimitado a la creación de todo tipo de iniciativas y formas de comunidad, agrupaciones pequeñas o grandes, formales o informales, en las cuales pueda latir un impulso humano, civilizador, donde pueda crecer la vida moral, el sentido religioso, las aspiraciones intelectuales, la amistad; donde las exigencias de bien, verdad y justicia sean amadas y respetadas.

Hay que superar la deconstrucción actual y el ambiente de pesimismo consiguiente con una capacidad cultural y crítica que se abra a un catolicismo social bien pertrechado intelectualmente y que exprese una forma diferen-

## Oramos juntos

Reconociendo que toda la Creación proviene de Dios, que la ha puesto al servicio del hombre, oremos con confianza. Gracias, Señor, por todos los bienes que nos otorgas, por el fruto de la tierra que obtienen los agricultores, por los rebaños que cuidan los ganaderos, la tierra que explotan los mineros, y los peces de los que nos surten los ríos y el mar. Gracias, por el esfuerzo de tantas manos trabajadoras, por los bienes transformados en las fábricas, por el trabajo de los artesanos, y por los comerciantes que ayudan a distribuir las riquezas.



Gracias, por los que investigan las leyes de la naturaleza, los que transmiten los conocimientos a las nuevas generaciones, os que alegran nuestro descanso con sus canciones, pinturas y diversiones, y por todos los que no se olvidan de que todo don viene de ti.

Bendito seas por siempre, Señor.

(Preces, oración de la mañana, lunes 5 de Octubre. Magnificat Octubre 2009)

## Nos proponemos

La responsabilidad por el otro, el cuidado, la benevolencia. Ser para los demás, testigos de vida, hombres y mujeres de bien, reconocibles por sus buenas obras, comunicadores de paz, conciliadores en la justicia, gratuitos en el don de sí. Serlo cada día, sin importar los yerros cometidos abandonados al perdón. Y hacerlo presente, primero con los de casa, con los amigos y vecinos, con los que compartimos las vicisitudes del trabajo, luego con todos los que se cruzan en nuestro camino. Practicar ese respeto profundo que a cada uno es debido. El núcleo de la conciencia cristiana está en la vocación al amor y al servicio. La Iglesia como Madre y Maestra guía nuestra maduración moral que nos conduce a ser "hijos" en el Hijo", y por lo tanto hermanos. "Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para él que murió por ellos" (cfr 2 Cor 5-15).

La Iglesia, esposa de Cristo, vive de la Eucaristía. Toda realidad eclesial y humana vive, aún sin saberlo, del Misterio de la presencia permanente de Dios entre nosotros, en las apariencias del pan y del vino. En la Eucaristía se aprende el lenguaje del amor, y en torno a ella se construye la comunidad de los hombres y de las mujeres cristianos, un nuevo pueblo al servicio de una nueva humanidad. "cada familia lleva una luz y cada familia es una luz". La Iglesia doméstica es familia, es trabajo, es cultura, es presencia para la vida del mundo. María es la Madre de la Iglesia y anuncia una nueva fecundidad, que es el Espíritu Santo, el Espíritu de su Hijo. Llega para iluminar a los que viven en tinieblas.

- El amor es signo de unidad. ¿Tienes alguna experiencia comunitaria de solidaridad y servicio que te haya marcado especialmente? ¿Qué ha supuesto para ti?
- ¿Cuál es el grado de apertura de tu familia: comunidad parroquial, otras familias amigas, relaciones vecinales, asociativas, educativas, culturales? ¿Otras familias se sienten ayudadas por la tuya?
- ¿Cómo te proyectas en tu vida profesional? ¿y en tu participación e iniciativa cívica y social?

## TEXTOS Y TESTIMONIOS



CDSC 62. Con su enseñanza social, la Iglesia quiere anunciar y actualizar el Evangelio en la compleja red de las relaciones sociales. No se trata simplemente de alcanzar al hombre en la sociedad -el hombre como destinatario del anuncio evangélico-, sino de fecundar y fermentar la sociedad misma con el Evangelio. Cuidar del hombre significa, por tanto, para la Iglesia, velar también por la sociedad en su solicitud misionera y salvífica. (...) La sociedad y con ella la política, la economía, el trabajo, el derecho, la cultura no constituyen un ámbito meramente secular y mundano, y por ello marginal y extraño al mensaje y a la economía de la salvación.

CDSC 221. La familia se presenta como espacio de comunión -tan necesaria en una sociedad cada vez más individualista-, que debe desarrollarse como una auténtica comunidad de personas gracias al incesante dinamismo del amor, dimensión fundamental de la experiencia humana, cuyo lugar privilegiado para manifestarse es precisamente la familia.

La existencia de familias que viven con este espíritu pone al descubierto las carencias y contradicciones de una sociedad que tiende a privilegiar relaciones basadas principalmente, cuando no exclusivamente, en criterios de eficiencia y funcionalidad. La familia que vive construyendo cada día una red de relaciones interpersonales, internas y externas, se convierte en la «primera e insustituible escuela de socialidad, ejemplo y estímulo para las relaciones comunitarias más amplias en un clima de respeto, justicia, diálogo y amor».

CDSC 249. Una relación muy particular une a la familia con el trabajo: «La familia constituye uno de los puntos de referencia más importantes, según los cuales debe formarse el orden socio-ético del trabajo humano». Esta relación hunde sus raíces en la conexión que existe entre la persona y su derecho a poseer el fruto de su trabajo y atañe no sólo a la persona como individuo, sino también como miembro de una familia, entendida como «sociedad doméstica».

CDSC 263. El trabajo representa una dimensión fundamental de la existencia humana no sólo como participación en la obra de la creación, sino también de la redención. Quien soporta la penosa fatiga del trabajo en unión con Jesús coopera, en cierto sentido, con el Hijo de Dios en su obra redentora y se muestra como discípulo de Cristo llevando la Cruz cada día, en la actividad que está llamado a cumplir. Desde esta perspectiva, el trabajo puede ser considerado como un medio de santificación y una animación de las realidades terrenas en el Espíritu de Cristo.

## TESTIMONIOS

Se incluyen dos testimonios elocuentes de vertebración cristiana de redes sociales para generar una economía puesta al servicio del hombre:

**La Economía de Comuni3n (EdC)** es un proyecto para empresarios, trabajadores, directivos, consumidores, ciudadanos, estudiosos y demás operadores económicos, lanzado por Chiara Lubich en mayo de 1991 en la ciudad de Sao Paulo (Brasil), con el fin de construir y mostrar una sociedad humana en la que, imitando a la primera comunidad de Jerusalén, “no haya entre ellos ningún necesitado”. Las empresas son el pilar del proyecto y deciden libremente poner en comuni3n sus beneficios para tres finalidades con análoga atenci3n: ayudar a las personas que se encuentran en dificultades, creando nuevos puestos de trabajo y cubriendo sus necesidades básicas mediante proyectos de desarrollo, difundir la “cultura del dar” y de la reciprocidad, sin la cual no es posible realizar una Economía de Comuni3n; desarrollar la empresa, que debe seguir siendo eficiente y competitiva mientras se abre a la gratuidad. Los sujetos productivos de la Economía de Comuni3n -empresarios, obreros y demás actores empresariales- se inspiran en principios que hunden sus raíces en una cultura distinta de la imperante hoy en la práctica y en la teoría económica. A esta “cultura” podemos definirla como “cultura del dar”, justamente en antítesis con la “cultura del tener”.



**La Compañía de las Obras** Iniciativa social. Un nuevo modo de entender la economía y el trabajo. El lema que ha marcado nuestra historia, "Un criterio ideal, una amistad operativa", resume la esencia de una modalidad de acción que caracteriza todas las actividades de la CdO, como compañía de personas que, viviendo las circunstancias cotidianas, construyen y trabajan en la sociedad.

**Objetivos:** La Compañía de las Obras es una entidad sin ánimo de lucro que quiere promover la colaboración mutua y la ayuda entre sus miembros para el desarrollo óptimo de los recursos humanos y económicos, a través de cualquier actividad desarrollada bien como un negocio lucrativo, bien como una empresa sin ánimo de lucro. La gran red de relaciones y recursos ofrecida por la Compañía de las Obras se dirige a la sociedad a través de las siguientes iniciativas:

La CdO promueve e impulsa las relaciones humanas, económicas y culturales entre sus miembros, para compartir la responsabilidad empresarial de los miembros.

La CdO promueve y difunde la cultura del emprendedor, apoya el establecimiento de nuevas iniciativas empresariales, tanto en el ámbito lucrativo como no lucrativo, y trabaja para favorecer el empleo a todos los niveles.

La CdO mantiene y extiende de manera constante sus relaciones con las instituciones nacionales e internacionales para promover propuestas para la solución de problemas sociales y económicos específicos. Se da atención especial a la solidaridad con los más pobres, a los servicios de voluntariado en las organizaciones sin ánimo de lucro, a la colaboración con las ONG y los países donde operan y al crecimiento del empleo a través del desarrollo de micro-negocios.



Textos e imágenes procedentes de los materiales preparados por la Archidiócesis de Madrid  
**Vive la familia. Con Cristo es posible.**

[www.archimadrid.es](http://www.archimadrid.es)